

“La memoria es recuerdo”

“Recordar es fácil para el que tiene memoria.

Olvidar es difícil para el que tiene corazón”

Gabriel García Márquez

“Cuando las voces suaves mueren,

su música vibra aún en la memoria”

Percy Bysshe Shelley

Me gustaría compartir con ustedes una historia de la que supe hace ya mucho tiempo y a la que he intentado poner voz en estas ilusionadas letras, una pequeña historia que se narra, como todas las historias o como todos los relatos o como todos los cuentos, a través de pequeños recuerdos e intensas vivencias, porque no existen las historias inventadas o nunca contadas no, nosotros las creamos o las fabulamos tomando de aquí y de allá todas las experiencias contenidas en ese viaje que llamamos “vivir”. Y esta es una historia que habla de eso, de vida, de recuerdos, de casualidades o también de “buena memoria” como le gusta decir a Cristina, una de las protagonistas indiscutibles de esta historia y ya sabremos un poco más adelante por qué.

La buena memoria o la capacidad de recordar hace que seamos lo que somos porque somos lo que recordamos y, como algunos sabios opinan, modela nuestra actitud hacia el mundo, nuestro carácter y quizás hasta nuestro destino; con todo eso que recordamos construimos los relatos de nuestras vidas: historias tristes o alegres, valientes o cobardes, generosas o egoístas. Sean como sean, estas historias nos suceden a todos, quizás al mismo tiempo y en lugares distintos y distantes unos de otros, miles de vidas entrecruzándose unas con otras continuamente y dejando en nosotros la delicada huella de un recuerdo o de una emoción que solo la sutil memoria que se cuela en nuestro interior consigue que permanezcan ahí para cuidarlos o para tratar de olvidarlos, para adornarlos o para transformarlos, para aprender de ellos o

para destruirlos. Esa es la riqueza de la experiencia humana. Habría que ponerse a pensar seriamente en ello y quizás profundizar un poco más, es posible. Pero no hay tiempo, no ahora mismo, así que vamos a dejar las especulaciones y las dudas y empecemos a contarla, sí, a contar la historia que nos ha traído hasta aquí no sea que se pierda el interés por conocerla.

Nuestra primera protagonista es Cristina, ya la conocen, una joven estudiante de enfermería en su primer día de prácticas y que, por el azar que todo lo cruza, han destinado a la 5ª planta de cirugía abdominal del hospital de su ciudad para comenzarlas. En este momento muchas emociones y pensamientos se agolpan en su interior y alimentan con ansiedad su miedo a la torpeza, a la inseguridad de la primera vez, a no sentirse a la altura en esa vocación que ha escogido desde pequeña porque, ya incluso desde entonces, cuando le preguntaban que quería ser de mayor siempre contestaba: "enfermera". No recuerda con claridad qué fue lo que le hizo desear serlo, pero ese deseo le ha llevado hoy a encontrarse, alegremente puntual, ante el pequeño control de enfermería y presentándose, con la sonrisa puesta y las ganas en la mirada, a la enfermera tutora que, tras saludarla con amabilidad, comienza rápidamente a meterse en materia, la presión asistencial que no perdona, y a explicar cuál es la rutina de la jornada diaria. No es mala la primera impresión. Parece exigente pero cordial. Menos mal. Empieza a pensar que ha tenido suerte más aún cuando al llegar ha visto a Felisa, que ya está allí un rato antes que ella y que será su compañera de fatigas con la que compartirá ese mes que espera sea un intenso mes de prácticas. Felisa y ella, en el poco tiempo que llevan desde el inicio del curso, se han caído bien y Cristina siempre la recordará como una compañera generosa, divertida y cómplice.

Pues ahí está nuestra joven enfermera recién estrenada, radiante en el vestir y emocionada en el gesto con su uniforme nuevo, un uniforme que le ha hecho su madre, con paciencia y buen hacer, copiando otro ya confeccionado. Sus blancos zuecos están pisando por primera vez los suelos de pasillos y habitaciones que huelen a desinfectante y al aroma dulzón de los medicamentos, largos pasillos y amplias salas que sentirán el ligero ir y venir de sus pies yendo unas veces a saludar, otras a cuidar, a aprender o a dar aliento. Para empezar, le han asignado cuatro pacientes en la sección de mujeres; las cuatro comparten una amplia habitación con dos luminosos ventanales por donde entra a raudales la cálida luz de sol y el fragante aroma del pequeño pinar que da a esa parte del edificio. En una de las camas cercana a la ventana se encuentra Julia, otra de las protagonistas de esta historia. Con una corta melena rojiza, que aún conserva de momento, y una piel que de tan blanca se diría transparente, Julia posee unos hermosos ojos azules y una mirada cálida e ingenua que sorprende en el rostro de alguien que se encuentra rondando los cuarenta, bueno, aún le quedarían tres meses para cumplirlos por la fecha que aparece en su ficha de ingreso.

A Julia hace poco que le han diagnosticado un cáncer de ovario o adenocarcinoma seroso de ovario y hoy es el séptimo día del postoperatorio de una complicada intervención de la que ha salido limpia de "ese" tumor, y le llama tumor porque le horroriza la palabra cáncer y se niega de forma inconsciente a pronunciarla porque

anuncia sufrimiento y muerte, y que ha sido el culpable de que en las últimas semanas no haya podido dormir, despertando sobresaltada en mitad de la noche, bañada en sudor y temblando de miedo y de angustia ante el temor de perder lo que más quiere, el disfrute de la vida y de Antonio, su marido, al que adora y de sus dos hijos, dos chicos de 10 y 12 años y a los que todavía piensa, y se aferra a este pensamiento como a un talismán, “les hago mucha falta”.

Ahí está Julia hoy, en la cama y sonriente al saludar a Cristina por primera vez cuando ésta se ha acercado a conocer a sus pacientes, el primer paso para establecer una relación basada fundamentalmente en la confianza. Cristina conoce a una Julia animada y mucho más relajada tras la intervención que semanas atrás, a una Julia más esperanzada e ilusionada que antes al comprobar, durante los primeros días de recuperación, que no han aparecido complicaciones. Todo sigue el curso esperado. Ojalá el resto del camino sea claro y despejado de nubes y obstáculos. Nunca hay que perder la esperanza, este viaje aún está empezando y hay que guardar energía para el largo camino. El pronóstico, ese juicio que determina nuestro futuro, no ha sido muy desfavorable, un 45 % de posibilidades de curación total a los 5 años si responde bien a la segunda fase de este proceso, la tan temida quimioterapia por los efectos secundarios que produce. Julia confía en que será capaz de sobrevivir a la caída del cabello, a las náuseas y a los vómitos, al cansancio y a las úlceras, todo por verse liberada de este cáncer silencioso que cuando empezó a mostrar los primeros síntomas y acudió rápida a su ginecólogo, ya había viajado fuera de su sitio, ávido por invadir otros lugares de su cuerpo.

Desde los primeros momentos entre Cristina y Julia ha surgido una corriente de simpatía mutua como una onda invisible. Eso no hace que Cristina se aplique menos con las otras pacientes. Sospecha que el hospital es un pequeño microcosmos donde las relaciones humanas surgen tan intensamente como fuera de allí y las simpatías y antipatías también escogen sus caminos naturales. En su aprendizaje también va a tener la oportunidad de navegar y aprender en el mar de las relaciones humanas, tejido íntimo de esta profesión cuyo fin último es el ser humano. Julia, además, le demuestra en muchas ocasiones ese espíritu caluroso y protector que de las madres nace para cuidar de sus hijos, como aquella vez que Cristina, tras recibir la orden de administrar una inyección a Julia, se encamina, con una pizca de temor y otra no pequeña de inseguridad, con su batea en las manos algo temblorosas pero decididas a la habitación y escucha al entrar, ruborizándose al oírlo, a una de las compañeras de habitación decir que “ella no se dejaría pinchar por una estudiante y menos de primer curso”. Cristina no sabe si darse la vuelta y con cualquier excusa, “se me olvidó el algodón”, salir de allí y coger aire, no sea que flaquea la poca seguridad en sí misma y en las muchas veces que ha visto realizar la técnica en otros. Menos mal que Julia, que por el gesto que adopta su cara se percibe que le ha desagradado el comentario, contesta de forma amable y como si aquí no pasase nada, “seguro que lo va a hacer muy bien y si no, ¿cómo va a aprender si no es practicando?”. Cristina mira a Julia y a través de esa intensa mirada quiere expresarle todo su agradecimiento y Julia a su vez,

le regala una amplia sonrisa. Nunca olvidará ese gesto que se le quedará grabado en la memoria por estar tan lleno de pura generosidad.

Y ahora les voy a presentar a Antonio, el tercer y último protagonista de esta historia. Antonio es el marido de Julia. Alto, muy delgado, con un porte elegante, aún conserva el atractivo de quien ha sido guapo en otros tiempos. Un pelo salteado aquí y allá de algunas canas adorna su cabeza y una poderosa nariz domina su rostro al que dota de una fuerte personalidad. Es un hombre amoroso con Julia y quizás aún enamorado o al menos eso transmite su mirada vidriosa y angustiada al encontrar a Julia cada día por primera vez esta tarde y todas las tardes desde que está ingresada. Acaba de llegar con los niños, siempre puntuales a la hora que empieza la visita y apurando hasta el último momento en que el celador asignado para desalojar a los familiares de las habitaciones les avisa de forma amable que “el tiempo ya ha terminado”.

Como un ritual, Antonio coge una silla y la acerca todo lo que puede a Julia que está sentada en la cama o acostada levemente en ella, pocas veces la abandona durante la tarde pues el cuerpo se resiente de las últimas batallas libradas. Cristina observa en el ir y venir de sus tareas cómo se cogen de las manos y a ratos se hablan bajito y con ternura mientras los niños deambulan por los pasillos con los cuerpos inquietos por el deseo del juego pospuesto y, de vez en cuando se acercan a Julia, sigilosos y tímidos buscando calmar la añoranza de madre que sufren estas últimas semanas.

Las despedidas son siempre tristes y los abrazos y besos entre ellos vuelan alrededor de la cama, pero hoy la alegría ha venido a visitarlos, mañana a Julia van a darle el alta. Lleva ya quince largos días en el hospital y ha llegado el momento de volver a casa. Ese día, Cristina no está, ha faltado a sus prácticas. La culpa la ha tenido un seminario que impartían en la Escuela donde ella estudia. Cuando al día siguiente su compañera le habla de la marcha de Julia se ha alegrado mucho por ella, pero también ha sentido con tristeza no haber podido despedirse. Siempre recordará este encuentro con cariño, como también recordará otros muchos que se producirán en su camino, otras vidas que se cruzarán con la suya y que acaso, por no olvidarlas, dejen también su persistente huella en la memoria.

El tiempo pasa volando y tras tres agotadores años de muchas horas de prácticas en el hospital y otras tantas sentada en sillas en las aulas donde reciben las clases teóricas, Cristina mira y vuelve a mirar con emoción esa hoja de papel insignificante donde dice que ha obtenido el Título de Diplomado Universitario de Enfermería. La primera universitaria de la familia, todo un orgullo para sus padres siempre luchando junto a ella y sus hermanos para que puedan llegar a ser lo que ellos realmente deseen ser sin importar quién seas o de dónde vengas, solo con tu ilusión y tenaz esfuerzo. Feliz por haber llegado hasta aquí no puede evitar sentirse nerviosa por lo que queda por venir. Y eso que tiene la suerte, y también la de su generación, de poder respirar tranquila ante las perspectivas de trabajo: la apertura de nuevos hospitales y centros de atención primaria públicos ha crecido en los últimos tiempos producto sin duda de los nuevos aires políticos del país. Son los años ochenta y todo parece que está por hacer, la idea de “progreso” inunda las calles y las mentes, las universidades se llenan de

estudiantes casi todos hijos y nietos de unas generaciones que no tuvieron nada fácil salir adelante y sobrevivir. Es una época ilusionante y Cristina y sus compañeros de promoción confían en que, para cubrir las suplencias del verano, el hospital donde han realizado las prácticas de la carrera les ofrezca un primer y ansiado contrato. Si esto es así, mejor que mejor, es más fácil comenzar a dar los primeros pasos en territorio amigo y conocido. Cuando regresa a casa, su madre la recibe con una ancha sonrisa en los labios y en la mirada, “te han llamado del departamento de Personal para que mañana a primera hora te pases a firmar el contrato que esperabas” y la atrae hacia sí para abrazarla, con los ojos humedecidos y emocionada viendo a su hija que ha crecido tan rápido en tan poco tiempo. Cristina también está conmovida y aterrorizada, no puede evitar sentir una punzada de vértigo en el estómago.

A la mañana siguiente y después de una noche donde el sueño iba y venía producto de los nervios y jugando a este juego se ha quedado dormida justo un rato antes de que saltara la chillona alarma del despertador, se ha levantado casi sin tiempo apenas; una ducha rápida y un café también rápido preparado por su madre que se ha levantado con ella para despedirla en un día tan señalado, y se ha tirado a la calle pensando en el desayuno que se va a regalar después para celebrar el trámite terminado. En el metro se ha encontrado con una compañera de la carrera que, nerviosa como ella, se dirige al hospital para lo mismo. Se confiesan su pequeña dosis de ansiedad y su amiga comienza a contarle todos los destinos que elegiría en el caso de que se los ofreciesen. Cristina decide no ilusionarse por ninguno en particular, confía en la suerte y en lo que le aconseje su amiga intuición. No sabemos a ciencia cierta si somos nosotros los que vamos eligiendo nuestro destino o es el destino el que nos elige a nosotros. Vaya usted a saber, no es ciencia demostrable: unos desean creer en lo primero, otros en lo segundo. Cristina está convencida de que es el azar y como atrapamos o escogemos ese azar lo que forja nuestro destino. Y atrapar es recordar. Por eso lo de la casualidad o la “buena memoria” que ya ha dado que hablar en este relato: si no recordamos no podremos reconocer todo el cruce de encuentros que se producen en el camino porque, como dice la canción, “la vida da muchas vueltas...”

Y tantas vueltas da la vida que Cristina se sorprende, estremecida, cuando escucha que el primer destino que le ofertan es en la 5ª planta de cirugía abdominal, aquella planta donde comenzó sus primeras prácticas y que aún recuerda con cariño. Es una planta también con mucha carga asistencial y Cristina imagina ilusionada la cantidad de técnicas y actividades que podrá poner en práctica y mejorar cuando esté allí. Ha escogido el turno de noche, el loco turno de noche y eso supone trabajar a noches alternas durante todo el verano. Nunca le ha gustado madrugar, su carácter noctámbulo le permite estar activa y con energía durante las largas horas nocturnas y el espejismo que le hace creer que tendrá más tiempo para su familia y amigos desaparecerá cuando compruebe que es a costa de sus horas de sueño y de asumir los trastornos que origina ese jet-lag permanente. “No serán más que tres meses”, se dice a sí misma, confiando más en la suerte de ese destino que ha venido rodando hasta sus pies.

Cuando vuelve la mirada nostálgica a aquellos primeros días y se recuerda tan joven, tan emocionada y asustada, aparecen alrededor de ese recuerdo lejano muchas de las personas que tanto la ayudaron en aquel primer empleo. La primera noche, la veterana Marisa, auxiliar titular del control que le han asignado y con la que compartirá, guardia a guardia, gran parte del verano, le echa una mano, “según veo hacer todos los días a las enfermeras”, a sacar el parte con la medicación y los cuidados de los pacientes a su cargo. También Maruja y Lola, las dos enfermeras titulares de los dos controles en los que se reparte el resto de la planta, se prestan desde el primer día a que cuente con ellas para lo que necesite. Se da la casualidad de que Lola es la madre de Javier, un compañero de Cristina de la carrera y de nuevo cuenta con la protección maternal de una mujer que la acoge como una hija, quizás imaginando que otra enfermera como ella lo estará haciendo también con su hijo en otro lugar. Esas noches, a pesar del excesivo trabajo y de las situaciones críticas que, con algunos pacientes le toca vivir, no hacen sino animarla más en su enérgico empeño de llegar a ser una buena enfermera. Siente que tiene el gran privilegio de poder dedicarse a lo que tanto le gusta y de poder ayudar a tantas personas que, casi las más de las veces, están pasando por un momento difícil y doloroso en sus vidas. Le emociona ver como ante sus palabras, que salen de su interior sin esfuerzo, espontáneas y convencidas, amables y calurosas, y ante los cuidados ofrecidos, que intenta sean profesionales y de calidad, producen en el paciente una entrega sin límite, basados en la confianza y en el afecto. No hay nada más enriquecedor que observar y aprender del comportamiento humano más auténtico, más sincero y más generoso que brota de las vivencias más amargas. Una de esas noches, la de hoy mismo sin ir más lejos, Cristina ha llegado a su puesto con un poco más de tiempo de lo habitual. Blanca, su compañera del turno de tarde le da el relevo con la información más reseñable o importante de los pacientes que están ingresados. A algunos ya los conoce de otros días y otros son nuevos para ella. Al repasar juntas la lista de nombres y camas, Blanca le cuenta con especial interés el caso de la paciente ingresada en la habitación tres, habitación que se emplea, de forma individual y más amplia que las demás, para atender a los pacientes más críticos o a aquellos que por su estado, con más eufemismo que misericordia, se denominan “terminales”, una palabra cruel que anuncia un final muy cercano. La paciente ingresó ayer por la mañana, está diagnosticada de un cáncer de ovario y se encuentra en esa última fase de un proceso que, en este caso, no va a tener un final feliz. No se puede hacer nada por ella. Está sedada por el efecto de los calmantes pautados para mitigar su dolor. Su marido la acompaña en este momento, va a pasar la noche con ella, como ayer también hizo. En cualquier momento puede suceder lo inevitable. Ha permanecido en su casa todo el tiempo que ha podido a pesar del funesto pronóstico dado por los médicos meses atrás hasta que el dolor, tan rabioso e intratable, ha conseguido que decidan venir al hospital para poder ofrecerle una muerte más digna, más dulce que le haga atravesar la última etapa de este viaje sosegada y en paz.

Blanca se despide tras desearle buena guardia y Cristina se queda sola en el control mientras Marisa la auxiliar se ha acercado a la lencería a recoger ropa de cama con la

que hacer la primera ronda juntas cuidando de que los pacientes puedan pasar la noche más cómodos. Cristina mientras repasa con minuciosidad la lista de pacientes, anotando datos importantes e imprescindibles como el nombre de cada uno de ellos, su correspondiente cama y habitación, diagnóstico, la medicación prescrita para cada uno durante el turno de noche y los cuidados específicos según los procesos: control de diuresis, de ingestas, curas, cambios posturales, así como ponerse al día en las incidencias anotadas tanto en las hojas de enfermería como en la evolución clínica que los médicos reflejan en las suyas. Poco a poco, con paciencia y esmero, va elaborando la lista y al llegar a la última paciente, la que ocupa la cama tres, indaga en sus datos personales y, al leerlos, un escalofrío recorre su espalda, porque su nombre es Julia. Se detiene paralizada, “podría ser una coincidencia”, piensa, negándose incluso a sospechar que pudiera ser la misma Julia a la que conoció en otro tiempo y retrocediendo unos segundos a esos días para evocar el rostro de esa otra Julia querida. Aunque coincide el diagnóstico, demasiada casualidad sería y evita pensar en ello, continuando con su tarea que no tarda en finalizar para no demorarse demasiado, frenando la curiosidad y el presentimiento que ya está aguijoneando en su interior.

Después de preparar todo lo necesario para poder llevar a cabo sus tareas en las próximas horas, el siguiente paso es disponerse a saludar y conocer a sus pacientes, una ronda que realizará con Marisa su compañera para intentar detectar necesidades y desasosiegos y tratar de aliviarlos con palabras de aliento y consuelo. Esta es la parte más interesante y gratificante de su trabajo, querer descubrir al otro y hacerle sentir que nos preocupamos por él, que estamos cerca y que deseamos ayudarlo a que su paso por este lugar sea lo menos penoso posible y, por qué no, pueda llegar a ser una experiencia positiva. Pasa por las habitaciones y en algunas de ellas se encuentra con la alegría y la esperanza de la recuperación y en otras con el dolor de las heridas causadas por los duros tratamientos y cirugías. Las noches en los hospitales son, por regla general, mudos campos de batalla y, en ocasiones, destilan una tristeza difícil de dominar. En los pasillos con luces tenues reina ese silencio que lo inunda todo y que solo es interrumpido por el ruido de los carros metálicos que van y vienen, de las voces ahogadas y de los quejidos y del timbre impaciente que se hace notar de vez en cuando y que la luz roja iluminada acompaña anunciando su llegada.

Poco a poco llegan al final de la ronda, solo queda visitar la última habitación, la habitación número tres. Cristina golpea suavemente la puerta con un pequeño temblor en las manos y la abre despacio, sigilosamente. De su interior brota una agónica luz amarillenta que nace sin fuerza de una pequeña lamparita situada encima de la mesilla de noche. Huele a tristeza y a resignación. Saluda al entrar y cuando sus ojos se han habituado a la luz tenue de la estancia, descubre a un hombre, que con precipitación se levanta de la silla que ocupa cerca de la cama y contesta a su saludo con voz profunda y cansada. Cristina se sobrecoge. Su mirada encuentra a la de Antonio, el marido de Julia. Un escalofrío recorre su espalda. Rápidamente mira hacia Julia que yace inmóvil en la cama. Apenas reconoce en su rostro demacrado e hinchado los rasgos de esa Julia sonriente y luminosa que conoció apenas tres años atrás. Esta sedada, ya no puede hablar con nosotros. Solo a ratos se estremece y de su

boca sale un leve quejido. Cristina acaricia el brazo dormido e inerte de un cuerpo al que se le escapa la vida. Parece que no sufra, que esté dormida. Antonio, que también ha reconocido a Cristina y la recuerda, le cuenta en unos minutos intensos lo que ha sido de sus vidas en estos años, años de esperanzas al principio y, tras el fracaso de los varios y continuos tratamientos a los que se sometió Julia, se volvieron tristes y desesperanzados y finalmente resignados. “No queda más que hacer que acompañarla en estos momentos y tratar de atrapar todavía el sutil recuerdo de la caricia en su piel aún tibia” le cuenta, “a mis ojos no les quedan ya más lágrimas pues las he llorado ya todas con ella en estas últimas semanas”. “Julia ha sido y es una mujer valiente”, continua Antonio en su desahogado discurso, y en sus conversaciones ganadas al tiempo también le ha hablado de sus miedos y de sus esperanzas puestas “en que seguro que sabréis arreglároselas sin mí”. “Que sea fuerte me ha dicho, aunque a veces no crea que se pueda vivir con tanta tristeza”. Le ha pedido, preparando su adiós, “que luches por ser otra vez feliz, porque te quiero y quiero lo mejor para ti, para nuestros hijos, que no crezcan tristes y desamparados en la alegría de vivir”. “Gracias por estar aquí, es la magia del azar, de la casualidad que te encuentres con nosotros en este momento precisamente”, le dice Antonio a una Cristina emocionada y con los ojos llenos de lágrimas, tomando sus manos entre las suyas que suelta seguidamente para coger la silla y sentarse de nuevo muy cerca de Julia para coger sus manos y secarle el sudor frío de la cara una vez más. Cristina abandona la habitación con un corazón encogido y envuelto en llanto aún sobrecogido por el reencuentro.

Esa noche se acercará a la habitación de Julia a veces por la obligación de los tratamientos y los cuidados, a veces por estar allí con ellos dos y ofrecerles un poco de compañía. Cuando ya ha pasado la larga noche y termina su turno se despide de ambos con la sensación de una despedida definitiva porque quizás la próxima noche no vuelvan a reencontrarse otra vez. La premonición se cumple esa mañana que Cristina, ya en casa, duerme un sueño intranquilo y pesado y compruebe, cuando regrese la jornada siguiente, que la habitación está vacía porque Julia ya se ha marchado.

Y los años siguen pasando, es lo lógico si seguimos aquí para contarlo. Cristina, aunque sigue en el mismo Hospital, ha cambiado varias veces de destino. Actualmente su contrato es en la 2ª planta de Medicina Interna, en una pequeña unidad de Hematología que se ubica en lo que eran las habitaciones para pacientes privados del hospital. De eso hace ya mucho tiempo, se remonta a la época en que el centro no era público y dependía la atención que allí se prestaba de una comunidad de monjas que lo administraba. Cristina tiene motivos para estar contenta, un contrato interino de larga duración, el turno de mañana y unos compañeros con los que ha logrado crear un ambiente de trabajo que le hace amar lo que hace. Es un servicio con mucha y variada actividad; los intensos y complejos tratamientos no dejan mucho tiempo para relajarse, la patología, mayoritariamente leucemias y procesos malignos hematológicos hacen que las cosas emocionalmente no sean nada fáciles. Experiencias intensas que tratan de resolver apoyándose unos a otros, médicos, enfermeras y

auxiliares, todos juntos para no salir heridos persiguiendo un fin que casi es un proyecto común: una asistencia de calidad y poner amor en lo que haces.

Cristina hoy no está trabajando, es su sábado libre del mes y se ha citado con unos amigos para cenar en un restaurante de la sierra y al que en un principio Cristina era reacia a ir por encontrarse a las afueras, muy retirado de la ciudad. Al final le han convencido las promesas sobre un lugar encantador por el paisaje que lo rodea y en el que también se celebran, y eso podría ser lo más molesto si buscas tranquilidad, eventos como bodas o comuniones. No termina de estar convencida. Pero ya está aquí. Acaba de llegar y dejar el coche en el aparcamiento y, mientras se encamina al lugar de encuentro, no ha podido evitar detenerse para contemplar el hermoso atardecer que se ha posado en el paisaje donde los apasionados violetas y los abrasadores anaranjados del cielo contrastan con los sombríos grises de las montañas que duermen a sus pies. El aire es embriagador y viene cargado de notas aromáticas a resina de los pinares que la rodean y a lavanda.

Han elegido sentarse en la terraza del local, al pie de unas de las ventanas que dan al interior de los salones del edificio. Desde ese lugar pueden disfrutar tanto del bullicio sosegado de las mesas cercanas como de lo que está sucediendo ahora mismo dentro. A Cristina los ojos se le van, con algo, podríamos decir, de impertinencia, hacia la escena que cuenta esa ventana como si de un cuadro vivo se tratara; también a nosotros nos sería difícil apartar los ojos de ella: el salón intensamente iluminado, la música al ritmo cadencioso de un vals, la tarta dispuesta en varios pisos y coronada por un corazón nos dice que allí se está celebrando una boda. Cristina comparte el descubrimiento con sus amigos, está emocionada y, como hechizada por una fuerza misteriosa que le arrastra a seguir contemplando la escena con insistencia, no sabe ni puede explicar el porqué de esa obstinación en su mirada, “parecía algo mágico”, se diría después.

Dentro la gente aplaude y sonríe al mismo tiempo, todos los rostros dirigidos a la vez hacia la pareja que acaba de entrar en el salón y entonces corren a abrazarlos y a besarlos, hay mucha alegría en sus caras y les transportan casi sin pisar el suelo al centro de la pista porque parece que ha llegado el momento de bailar el primer vals de un vínculo que acaba de nacer. La novia es una mujer ya no muy joven, pero muy atractiva y también podríamos afirmar que vital por la sonrisa que dibujan en su cara unos labios rojos y carnosos que muestran, sin rastro de timidez, los blancos dientes que asoman entre ellos y por la intensidad de una mirada que busca sin descanso los ojos de él, del que Cristina no puede ver el rostro por hallarse de espaldas a ella. Empiezan a moverse lentamente porque se entretienen en besarse y abrazarse tiernamente como si no tuvieran prisa y quisiesen alargar cada segundo, cada minuto, un instante mágico que repentinamente se rompe cuando él abre sus brazos y busca e invita a dos jovencitos que se hallan muy cerca de ellos a compartir ese momento especial, se diría que son sus hijos; ella imita el gesto de él y los cuatro se funden en un abrazo intenso y cargado de emoción, algunas lágrimas caen por muchos de los rostros que los observan en silencio, y que a Cristina le cuesta reprimir cuando descubre el

rostro de él al girar el cuerpo, alto, delgado, con un porte elegante y atractivo de quien ha sido guapo en otro tiempo, quizás algo más desgastado que hace unos años cuando se conocieron por primera vez. Reconoce ese semblante, la nariz poderosa que le otorga una cierta personalidad y el cabello más canoso por el paso del tiempo. Es Antonio, el marido de Julia, aquella paciente que tuvo la suerte de encontrar dos veces en su vida y con la que ahora vuelve a cruzarse en su camino, pero esta vez sin ella. Cristina tiembla, un temblor que nace de la incredulidad ante el nuevo encuentro, de la sorpresa por la magia del azar o de la casualidad o, de la buena memoria, no sabe explicarlo. Mira de nuevo a Antonio que aún no la ha descubierto, ni lo hará porque Cristina lo evitará por pudor, por ser portadora de un pasado lejano, casi remoto y doloroso en este momento y al observar la mirada de él, emocionada y quizás nostálgica, descubre la ilusión de que la vida, mientras persista en acompañarnos, nunca muere y que es posible buscar una nueva felicidad porque se añora intensamente la que se ha perdido.

“Las vueltas que da la vida”, se dice Cristina, y los recuerdos o la buena memoria que se encargan de contárnosla y vivirla de nuevo.